

## El viaje literario

(De la cartera de apuntes de un crítico)

Cuando Rubén Darío estuvo en Chile, . .

### II



LOS días de Darío en Santiago, se cuentan entre los más penosos de su errante existencia. Son los días oscuros y difíciles de la iniciación, en un medio desconocido, entre gentes extrañas. Las remuneraciones que recibió fueron precarias y los puestos que ocupó, apenas si le sirvieron para defenderse malamente de las duras necesidades. Fué el poeta pobre de solemnidad, vestido como un ser estrafalario y con un rostro mongólico que llamaba la atención de cuantos se le acercaban. A los tres meses de su llegada a Santiago ya todos sabían—por lo menos en esa parte de la sociedad que se preocupaba de las cosas de arte—que en la capital vivía un poeta del trópico, cuyo nombre tenía el prestigio casi misterioso de un nombre persa: Rubén Darío. Los amigos habían difundido la nueva y los empleados me-

nudos de la crónica de «La Época», entre los cuales se contaba como un reportero más, habían contado a sus relaciones y a otros colegas de prensa las supuestas salidas de tono del vate nicaragüense. Unos decían que venía buyendo de persecuciones políticas tan comunes en los países tropicales y otros contaban incidencias pintorescas de un extraño matrimonio del poeta efectuado una noche de borrachera. El poeta al darse cuenta, días después, de la horrible jugada que le habían hecho sus amigos, había escapado como un poseído hacia Chile.

Todas estas leyendas y algunas otras, se murmuraban en los círculos literarios y periodísticos, mezcladas a los intencionados rumores de las dificultades de Darío para redactar una mala gacetilla. El poeta si era capaz de hacer versos difíciles no lo era para pergeñar un párrafo de crónica, de los más sencillos. Esta falla aguzaba el ingenio de los que siempre han creído que tal cosa no es sino signo de impotencia. Darío dejaba decir y desdecir sin preocuparse gran cosa de tales comentarios. En verdad, su puesto en «La Época» era subalterno y apenas si le servía para no morir de necesidad, como aquel poeta que más tarde, citaría en uno de sus «Abrojos»:

Puso el poeta en sus versos  
todas las perlas del mar,  
todo el oro de las minas,  
todo el marfil oriental;

los diamantes de Golconda,  
 los tesoros de Bagdad,  
 los joyeles y preseas  
 de los cofres de un Nabab.  
 Pero como no tenía  
 para hacer versos ni un pan,  
 al acabar de escribirlos  
 murió de necesidad.

. . . . .

La vida santiaguina más intensa estaba, por aquellos años, encerrada entre el Cerro Santa Lucía y la calle Bandera y entre la Alameda y el Mapocho. Pero las calles estruendosas, las arterias elegantes por las cuales discurría mañana y tarde el mundo aristocrático, el mundo político y el mundo de los afortunados, estaba comprendido entre la Plaza y la calle de Moneda, en las calles Estado y Ahumada y Huérfanos que aun conservan algo del prestigio de esa tradición. Por eso, cuando Darío paseaba por esas arterias, con su paso abacial, con su aire reconcentrado y huraño, muchos se volvían a mirarlo y algunos se decían en voz baja: «—Ese es Darío...» O bien: «—Ahí va Darío, niña... ¿No viste a Darío? qué pena... Acaba de pasar...». Porque eran muchas las mujeres románticas que deseaban conocerlo. En aquel tiempo, hoy mucho menos por supuesto, los poetas hacían volver la cabeza a las mujeres en la calle, aunque no los

amaran, sino simplemente para saber de qué pasta estaban hechos esos hombres que ellas imaginaban distintos de los demás. Los poetas nacionales no les inspiraban tanta curiosidad como el vate extranjero. Los poetas nacionales en fuerza de conocerlos hasta en sus debilidades, eran para ellas, menos atrayente que este desconocido que había llegado de lejos, que tenía un nombre raro, que parecía un ídolo indio, y que además hacía unos versos que tocaban de un modo muy dulce las fibras más secretas del corazón... Los tiempos ya han cambiado mucho. Los poetas no hacen volver la cabeza. Pasan entre la muchedumbre, ignorados y como si fueran burgueses. Visten como todos los hombres, carecen de leyendas, ocupan empleos en oficinas fiscales y hasta suelen tener cuentas bancarias. El rango romántico del poeta se deshizo en los comienzos del siglo con la entrada arrolladora del instinto burgués en las modalidades de la vida de sociedad, y destruyó casi de un golpe esa atmósfera excitante que los hacía flotar en un mundo de claro oscuro... entre amores trágicos y bohemias ceñidas de misterio.

Alfredo Irarrázabal, que fué amigo de Darío y convivió con él algunas horas de bohemia, escribió muchos años más tarde, en 1933, en el diario «La Nación» unos recuerdos sabrosísimos de aquel tiempo. Describió así al nicaragüense: «No era muy alto, pero lo parecía a causa de la flacura y de la flexibilidad de su cuerpo, de la estrechez de las ropas y de lo corto de las

mangas. El cuerpo era flexible en las piernas, flexible en el talle, flexible en el cuello y daba, al andar, la impresión de esas cañas que crecen al borde de los arroyuelos cristalinos y reflejan su sombra en el agua que corre. La frente era ancha y pálida, el cabello ligeramente rizado, los ojos pequeños, casi oblicuos, encapotados en párpados gruesos y perezosos, los labios abultados y sensuales, la boca distraída. Cuando bebía, su semblante se bañaba en una tenue luz verdosa y lívida».

Este era el Darío de aquellos días difíciles de Chile, de aquellas jornadas de agonía, en el mundo ostentoso de la capital chilena. Vagaba de ordinario por las calles, como un bohemio, silencioso, triste, hueraño, recogido en sí mismo. Amarga bohemia externa, entre seres desconocidos, que solían estarse quietos en los mesones de las cantinas, mientras Darío encendía junto a ellos, la llama azul o verde de la embriaguez. Muchas veces los amigos le fueron a sacar del antro en el cual había caído sin saberse cómo, impulsado por esa fuerza terrible que le arrastraba a los más penosos excesos alcohólicos. Acodado junto al mesón, bebía en silencio. A su lado otros anónimos, de esos que nunca dicen una palabra—en contraposición a los que gritan y gesticulan y hacen insoportable los minutos del bar—le acompañaban, ebrios como él, y a veces levantaban la cabeza para mirarlo un segundo con los ojos entrecerrados. Lo sentían como un hermano quizá... como uno de ellos... «Pobre, dirían... quién sabe

qué perrerías habrá pasado». Porque esa humanidad nivelada en el oscuro y nebuloso reino de la pesadilla verde era la misma de Verlaine, de Poe, la misma de todos los artistas que han querido buscar en los tugurios la vana esperanza del olvido...

Los días amargos fueron muchos. Es posible, aunque esto no haya sido concretamente expresado por los amigos de Darío, en sus recuerdos o en los apuntes que han escrito, que el vicio lo hiciera salir de «La Epoca», exasperados los directores, por las ausencias periódicas del poeta. Unos de los amigos entrañables de Nicaragua que le conoció desde la infancia, Santiago Argüello, ha escrito de él páginas magníficas. De entre algunas de ellas entresacaremos un acápite: «Le conocí de cerca—dice—ahondé en su espíritu y escarbé en sus costumbres. Era inocente como un niño; y hasta su vicio, el vicio doloroso que amarga el paladar y sobre todo la conciencia, era el de un infante a quien fuera arrastrando una corriente en declive, y que, al ahogarse, espantárase con candor infantil, pero sin acritudes para nadie. Su vicio—os digo—era un arrastrar de agua que se desnivela. Eso fatal que va en la sangre, que es sed de veneno y que oscurece la visión del sendero, sólo podría ser vencido por la fuerza de una consciente y sabia voluntad de granito. Rubén no la tenía, más aun, era incapaz de tenerla. Más tarde en sus últimos años, habría él mismo de lamentar, cuando el dolor rompiérale su literaria y artificiosa exquisitez, y en

versos de un ritmo que lleva ya consigo toda el alma sincera y triste de la vida, esa borrasca indomeñada, que acibaró la copa de su adolescencia, que le secó las rosas vivas de su juventud, y que habría de hacer después cielo pluvioso de su crepúsculo otoñal:

Yo supe de dolor desde mi infancia.  
 Mi juventud . . . fué juventud la mía?  
 Sus rosas aun me dejan su fragancia,  
 una fragancia de melancolía . . .

Potro sin freno se lanzó mi instinto;  
 mi juventud montó potro sin freno;  
 iba embriagada y con puñal al cinto:  
 si no cayó, fué porque Dios es bueno.

. . . . .

La leyenda lo hizo objeto de duros ataques. Hemos citado el testimonio de un amigo íntimo, que vivió con él los días de infancia y adolescencia y que conoció el secreto, como se ha visto, de su doloroso calvario. Le era imposible sustraerse al demonio de esa fatalidad que le hacía perder enteramente la noción de su ser. En Santiago, el grupo de amigos que le rodeó, quiso ante todo, desviarlo del mal camino. Pero fué imposible. Le llevaron como de la mano. Le sostuvieron en medio de sus propias intimidaciones, le hicieron un sendero para que por él moviera su humanidad tan atrayente. En medio de sus horrores, nunca perdió

Darío el signo de su elegancia interna. Es un dato que han suministrado todos los que le conocieron. Nunca cayó en la bajeza o en la indignidad. Siempre hubo en su ser algo que le salvó de la total e irremediable derrota que a tantos otros ha convertido en guiñapos humanos. En Darío había como la reserva misteriosa de una fuerza desconocida que le levantaba, de cerca del fango, en el minuto mismo en que su cuerpo iba a rodar sobre el encallanamiento. Le sostenía esa cosa exquisita que fué la esencia misma de su arte. Ese soplo que maravilló a los que, en Santiago, se acercaron para oír la música de su espíritu. Si su rostro era el de un ídolo búdico, su corazón poseía la llama viva de una bondad envolvente.

La intimidad con espíritus tan selectos como los de Pedro Balmaceda, Manuel Rodríguez Mendoza, Alberto Blest, Narciso Tondreau, Samuel Ossa Borne, Luis Orrego Luco, y otros es como la heráldica de la naturaleza de este poeta que parecía haber nacido con el signo de un misterioso avatar. Los que le vieron llegar, dudaron en los primeros días. Pero al poco tiempo, la admiración había crecido y ensanchado su dominio en el corazón de todos. Su fealdad era atrayente, su palabra, parca y reconcentrada era suficiente para encender la lumbre de la vida íntima; y su sensibilidad exquisita lo mostraba en la actitud de un comprensivo genial.

En las postrimerías del siglo pasado, al llegar Da-

rio, la poesía en Chile, estaba casi entera, salvo muy honrosas excepciones, inficionada de lloriqueos, de retórica cursi, de banalidad y de romanticismo trasnochado. Se cantaba aún en los álbumes. Los poetas aparecían en los acrósticos, en los abanicos y en las tarjetas. En los diarios y revistas del tiempo figuran versos que parecen escritos con el diccionario de la rima, o calcados de los más pestilentes provincianismos españoles. No había selección ni elegancia. Todo era blando, superficial, gárrulo y una nota permanente de mal gusto envolvía los suspiros y los lamentos de los vates que imitaban a Zorrilla, a Espronceda, a Musset, a Becquer.

Puede decirse que fué «La Epoca» el diario que llevó al ambiente la nota nueva, el sentido de una elegancia más fina, el acento de una nueva comprensión de lo divino y de lo humano. La revista de «Artes y Letras», contribuyó igualmente a depurar el gusto de los lectores, dando en sus páginas las mejores producciones de la lírica y de la novela europeas. Ya se ha visto cuáles eran los poetas y novelistas que las librerías anunciaban en los diarios, en los avisos de las últimas novedades recibidas de Europa. En las columnas del diario tantas veces citado, se insertaban casi día a día correspondencias y artículos bibliográficos acerca de las letras italianas, francesas, alemanas e inglesas. Se mantenía al lector al corriente de cuanto ocurría en el viejo mundo en materias artísticas. Porque no sólo en cosas literarias se daba oportunidad a

los lectores para que se pusieran en contacto con el pensamiento de Europa. También sobre novedades musicales y pictóricas, se registraban secciones continuas y se daban a conocer las novedades de los acontecimientos más salientes en los países de vieja civilización.

Muchos centros artísticos y academias literarias funcionaban en los Liceos y aún en residencias particulares. Por ejemplo, en la casa del Ministro de Alemania, Barón de Gudchmid, se daban con frecuencia veladas musicales en las que se ejecutaban trozos de Mozart, Mendelshon, Beethoven, Listz, Chopin, etc. La casa del Barón estaba bellamente adornada con ricos y valiosos objetos traídos por el Ministro de sus viajes por Egipto, Japón, China, Arabia, Turquía. Entre los intelectuales chilenos que asistían a estas veladas figuraban Narciso Tondreau, Pedro Balmaceda y otros, todos amigos de Darío. El fin de siglo, en ese medio robustecido por la riqueza del norte, por la afluencia de dinero que venía de las salitreras, desbordaba su torrente en las costumbres nuevas y en los hábitos refinados. Una elegancia suntuosa, presidía siempre todos los actos públicos.

Al atardecer, las avenidas del Parque Cousiño, en los días de primavera se llenaban con la pompa de los carruajes lujosos arrastrados por ricas parejas de caballos, muchas traídas de Europa. Las damas mostraban, como el mismo Darío lo expresó más tarde, un lujo cegador. A veces iban a bogar en la laguna del Parque Alfredo Irarrázabal; Vicente Grez y Rubén Darío.

Invitaban al vate nicaragüense para que admirara aquella naturaleza en la cual se ostentaba todo el fausto de la vida santiaguina.

«Los días sábados, — cuenta Irarrázabal, en sus recuerdos ya citados — salíamos a pasear en bote en la laguna del Parque Cousiño. La vida de Rubén nos había contagiado. Todos hacíamos versos por turno. De vez en cuando entre tanto ripio, nadaba una pepita de oro. Una vez Vicente Grez dijo:

Se va la juventud, se va con ella  
la dicha y el amor.  
Cada día que pasa es un recuerdo  
Cada día que queda es un dolor...

Ese indio triste como decían de Rubén, poseía, el secreto de una nobleza lírica desusada. Era el hombre poético magnífico, una especie de viajero que volvía de lejanas tierras orientales, con las manos cargadas de piedras preciosas. En sus versos extraños para el ambiente, florecían unas corolas raras, cuya fragancia entorpecía blanda y misteriosamente el corazón. Al repararlas experimentaba el corazón, un vuelco anhelante como si acabara de tropezarse con un ser querido y mucho tiempo ausente... Era la música secreta, la nota íntima que penetraba recta al corazón y hacía latir la vena de una emoción nueva... Parecía como si una vieja pesadumbre se hiciera luz y rompiera las tinieblas que por tanto tiempo habían ensombrecido la vida es-

piritual. ¿Qué misterioso mundo había explorado ese poeta? Tenía una cálida aristocracia. Una exquisitez desconocida, una elegancia que superaba todas las formas conocidas. Los amigos de Santiago, esos amigos que le estimularon con sus aplausos, comprendieron sin decírselo, como en el encantamiento de un acuerdo tácito, que en ese poeta errante, en ese mágico de la liberación lírica, había una naturaleza prodigiosa, enteramente distinta de la que era común en América. El grupo de «La Epoca» se había refinado en el contacto frecuente con los escritores y poetas europeos. Conocían el estremecimiento de la prosa de Goncourt; habían saboreado el fuerte ritmo de Richepin, algo habían penetrado en el mundo complejo y profundo de Mallarmée. Algunas notas amargas y finas de Verlaine habían ya tocado el corazón de los contertulios de la casa de Pedro Balmaceda y sentían que en el recién llegado se producía el fenómeno de una concordancia leve, pero insistente con los poetas más amados por ellos. Por eso le abrieron su corazón y le estrecharon la mano como a un viejo conocido. Darío resumía todas las inquietudes y encerraba en los pomos de sus versos las cosas que ellos no habían podido cantar. . . Porque eran poetas, poetas en prosa cuyas tristezas o cuyas fantasías, Darío engarzaba en los joyeles de sus estrofas. Algo había en él de Musset, de Becquer, de Verlaine, de Góngora, de Leconte de L'Isle, de Goncourt, de Richepin. Algo de ese mundo que se abría en la indecisa luz de un amanecer, en el alba del siglo

que venía, en la fuerza poderosa y fina a un tiempo, de la renovación que balbuceaba ya en las páginas breves de Pedro Balmaceda, de Manuel Rodríguez, de Narciso Tondreau, de Orrego Luco. Y este ser hurano, que callaba a veces obstinado, que no quería hablar, que parecía perseguir la lumbre de un remoto ensueño, que sonreía a ratos como en la letargia de un mundo oriental; este ser humilde y orgulloso, fantástico y hermético, era el que traía en su sensibilidad la riqueza del mundo que ellos debían golpear con la vara de la amistad y del estímulo, hasta hacerlo estallar en el triunfo de Azul...

A ellos no les importaba las escapadas de Darío, las fugas dolorosas hacia el mundo de la desdicha, en las noches desamparadas del poeta, cuando corría a sumergirse en los paraísos afebrados del alcohol. Tenían ancho y cálido el corazón. En cada uno de ellos había decepciones y desalientos, había la marca del trágico signo de la soledad, en medio de ese mundo de fiebre y de riqueza que poco o nada se preocupaba de los poetas y de los artistas. Ellos vivían su vida. Este amigo recién llegado era también como ellos, acaso más triste que ellos, quizás más trágicamente golpeado por el destino que ellos, y lo que es peor, solo, con la soledad irremediable que ciñe a los desterrados en una tierra extranjera. En el rostro hermético había la huella de dolores y fracasos. Y en la lumbre de sus ojos brillantes, la gota de acíbar de las miserias sufridas en su

tierra, tanto más crueles cuanto que nacían de seres de su misma sangre.

«Aun creo asistir—escribe Luis Orrego Luco—a las veladas inolvidables en casa de Pedro Balmaceda, hijo del Presidente. Nos reuníamos en un salón del Palacio de la Moneda, dividido en dos por una inmensa cortina que cerraba la alcoba, separándola de un saloncito adornado con muebles y cortinajes orientales, lámparas japonesas de bronce, biombos bordados, braseros antiguos, porcelanas de Sajonia y Sevres. Sobre la mesa había libros con autógrafos de Castelar, Campoamor, dedicados a Ramón Balmaceda. Colgados de las paredes aparecían cuadros de Pedro Lira, Sommerscales, Onofre Jarpa, Valenzuela Puelma, Alberto Orrego Luco, y dibujos admirables a pluma de Calixto Guerrero. Por todas partes vasos con flores.

«Alberto Blest se sentaba al piano para tocar trozos de Gounod, Massenet, Chopin, Schumann, Carlos Luis Hübner acompañaba luego a Blest en charlas de mucho ingenio. Vicente Grez contaba historietas humorísticas, Manuel Rodríguez Mendoza disertaba sobre arte con palabra colorida y brillante expresando la necesidad de dar paso al pensamiento moderno, con más soltura, naturalidad y armonía en la frase y más precisión en los contornos de la idea. Mientras unos tocaban música de Schumann otros recitaban versos de Verlaine, de Armand Silvestre, enteramente nuevos

para Darío, el cual echado atrás en un sillón oriental, silencioso y abstraído, contemplaba las columnas de humo azuladas de los pebeteros de plata en los cuales Pedro Balmaceda quemaba perfumes. En aquella sala de refinado lujo leyó Pedro sus primeros cuentos que tanto influyeron en los futuros de Darío. Allí en una noche de luna que filtraba sus rayos por los ventanales de hierro, vetustos, como de cárcel y palacio, recitó Tondreau, su admirable composición: *El César Borracho*.

Pero hay el testimonio directo del propio Darío, sobre este refugio artístico en el cual se reunían los «bohemos» de aquel tiempo, y que presidía ese extraño niño grande que fué Pedro Balmaceda. Muerto a los 20 años apenas si alcanzó a dar los frutos de su ingenio. Se malogró temprano en la llama de una interna desesperación, roído por un mal físico que le cortó en verdad el ímpetu para la vida. A él consagró Darío «la gloria lapidaria de su libro *A. de Gilbert*», seudónimo de Balmaceda como lo expresó. Armando Dongso, el primero que en Chile estudió con fervor y emoción los años de Darío en esta tierra. En verdad, es la gloria lapidaria, el estudio íntimo en el cual vive el alma del amigo fervoroso, vive el perfume de las noches y vive el rincón acogedor del artista.

«El era apasionado—escribe Darío—por los bibelots curiosos y finos por las buenas y verdaderas japoñerías, por los bronce, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un

recinto cuyo es el poseedor y cuál su gusto. Paréceme ver aún a la entrada un viejo pastel retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y su perfil de duquesa. Mas allá acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador, y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados».

Y más adelante: «En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la Nouvelle Revue y la Revue de deux Mondes». «No olvidaré—añade Darío en otra parte—en toda mi vida—porque si de la memoria se me borrara, las tendría presentes en el corazón—las noches que en este habitación del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago, sus venenosas urnas negras. El té humeaba fragante, en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa Juventud nos cubría con sus alas rosadas, la charla desbordante hacía tintinabular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría;

dentro estaba el «confort», la atmósfera cálida y ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: «Ya es hora que te duermas». Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos y más de una vez, a eso de la media noche, rechinaban los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de la Moneda dando paso a dos personas. El fiel y viejo sirviente de la casa iba a acompañarme, allá lejos, a donde yo vivía, en la calle de Nataniel».

Balmaceda fué uno de los amigos más fieles de Darío. Quizá el que con más delicadeza le tomó del brazo, sin hacer sentir demasiado la presión, para llevarlo junto a él, en ese ambiente en el que no siempre el poeta encontró la miel de una profunda devoción. Pero el artista que era Balmaceda, temperamento fino y delicado, en contraste con su propia amargura íntima, la amargura del que lleva a costas el peso de una dolorosa dolencia, le dió esa bondad limpia y noble que emana de un gran corazón. El le facilitó los mejores libros, lo puso en contacto con los poetas más nuevos de Francia, lo interesó en las nuevas corrientes estéticas. Darío vió la mesa de trabajo de Balmaceda. Sobre ella aparecían las últimas novedades europeas; allí estaban Goncourt, Richepin, Daudet, Mallarmé, Verlaine, Gauthier, las revistas artísticas, los cuadernos de los aguafuertistas más célebres, los nombres de

los críticos mejores en la cubierta de libros valiosos que Darío, en su pobreza, no hubiera podido jamás adquirir. Compartió esta misión generosa otro espíritu fino y superior: Manuel Rodríguez Mendoza, al que la política apartó también de su verdadero camino. Uno se malogró a los veinte años, consumido por el mal terrible que desesperó su corta vida y el otro desvió el curso, en el voluntario encuentro con esa terca pasión que entenebrece y devora lentamente: la política, en la que sólo cosechó desalientos y amarguras. La batalla diaria enfosqueció un poco, el corazón de Rodríguez Mendoza. A veces aparecía en la tertulia de «La Epoca», con su voz recia, pero cortante y acerba, como si estuviera de antemano preparado en la defensa de su propio reino interior que quería salvar del combate cotidiano contra hombres emboscados o zigzagueantes. Con todos los dones que poseía, con todo el talento de que dió muestras, no encontró sin embargo el reconocimiento a que le daba derecho una vida vivida en la consagración al bien. Balmaceda se entregó al arte en una pasión devoradora. Pero no podía triunfar de la muerte. Estaba condenado a ser la víctima. Y no apuró la copa, no se entregó al desgaste voluntario; carecía, por lo demás, de fuerzas para ello. De él queda un libro magnífico para sus cortos años, recogido por amigos fieles, de entre lo mucho que escribió en diarios y revistas. Una promesa en la que maduró con asombro de todos la pasta de un escritor fino, agudo, original, dueño a esa temprana edad de una luminosa cultura literaria.

De Rodríguez Mendoza no quedan sino los apuntes dispersos en los diarios, notas penetrantes sobre arte pictórico y libros, agudas observaciones y ese mar obscuro de los artículos políticos escritos en la fiebre de la lucha y que nada dicen de su corazón o de su sensibilidad tan ricamente dotada.

El grupo, la pléyade, para así decirlo, vivía en la persecución de un luminoso ensueño de arte. Había en ese Santiago de fines del siglo, una extraña devoción por las cosas suntuosas. En verdad, estos hombres no podían realizar sino lo que podían.

Pero realizaron poco. Los arrastró el turbión espeso de la cotidiana lucha por la vida. El ambiente no recogía sino muy fugazmente las inquietudes de estos enamorados del ensueño que tenían su nido en las oficinas de «La Epoca». Los poetas nacionales apenas si eran cotizados. La devoción por el arte se manifestaba en otras formas: en la riqueza de las noches de ópera, en las vajillas magníficas que se traían de Europa para las grandes residencias, en los objetos de arte, cuadros y esculturas europeos que llenaban los salones de las residencias particulares. Decía Irarrázabal, en los recuerdos que se han citado antes:

«En aquella empresa extraordinaria— se refería a «La Epoca»—mantenida generosa y ampliamente por don Agustín Edward Ross, se había instalado un nido de bohemios enamorados de la vida y del ideal. Todos eran poetas, porque todos eran jóvenes. La musa esta-

ba en el corazón y corría en la sangre de las venas. No todos estos bohemios confirmaron más tarde el porvenir que hacían presagiar sus primeros esbozos en el diario. La muerte se llevó bien pronto al más interesante de todos: Pedro Balmaceda. Sus artículos publicados en las columnas de «La Epoca» tenían un sello delicado de elegancia y de vago escepticismo que parecían ser las características de aquel espíritu decepcionado prematuramente, que habitaba en un cuerpo enfermo y que era como una flor en un vaso trizado. Carlos Luis Hübner, Luis Orrego Luco, Narciso Tondreau, Pedro Nolasco Préndez, Ricardo Fernández Montalva, Daniel Riquelme, Luis Rojas Sotomayor, Jorge y Roberto Hunneus, todos se creían capaces de conquistar en las letras nacionales las palmas del triunfo. Algunos no encontraron sino las del martirio.

Un documento de uno del grupo, revelará también algo de este drama que ha sido permanente, por lo demás, en las letras nacionales. El poeta Narciso Tondreau para el cual escribió Darío un prólogo bellissimo que nunca llegó a colocarse al frente del libro «Asonantes», pues éste nunca se publicó, escribió en el diario «La Tribuna» en octubre de 1888, una especie de confesión o historia de sus versos que forman en el volumen «Penumbra». Es necesario copiar algunos de sus acápites:

«1884 fué tal vez una edad de oro. Tuve, aunque

siempre pobre, algunas relaciones con jóvenes bien colocados en sociedad y aficionados a las letras. Me llevaron a una academia y me aplaudieron mis versos. En esta fecha escribí «Sin cristo en el bolsillo», soneto que es una pincelada de mi vida de entonces. «Tiempo y ceniza»—añade—un primer desengaño verdadero. Me había enamorado de una prostituta. Pasando del fango a la luz y del muladar al santuario, en esa época empecé a escribir «Emelina», el poema de mi alma, los versos de miel y acíbar en que lucen los dulcísimos ojos de cielo de mi hermana . . . »

«La mayor parte—dice en otro acápite—han sido escritos sobre una mesa humilde, alumbradas las carillas de papel por una lámpara de parafina o por una miserable vela. Y cuántas veces en esa época, tenía que suspender mis lecturas o la escritura de mis versos porque la parafina se concluía o porque la vela era ascendida a cabo . . . Muchas veces me he acostado a obscuras. Agrada recordar esos tiempos y remover las hojas de la memoria aunque haya de emplearse como cola de pegar, agua de lágrimas o como aguja de coser, un dardo punzador y mortificante».

«La primera sábana de batista, el primer frac, el primer baile del brazo de una divinidad tantas veces soñada, son menos dulces que los amargos recuerdos de la edad que pasó coronada de adelfas y desgarrada por las espinas».

«Mis versos me son muy queridos aunque los reconozca mediocres, casi siempre. No sé por qué se me

ha metido entre ceja y ceja la idea de que sólo por ellos he de ser algo más tarde».

. . . . .

«Mis primeros versos son sencillos y modestos, son penumbra que casi se confunden con la sombra. Después he conocido mujeres, he tratado con alguna gente, he bebido algunos contratiempos y he leído mucho a Alfredo de Musset».

Este es más o menos el cuadro general de vida de aquellos enamorados del ideal. Pobreza, urgencias, necesidades y algunas pequeñas notas alegres. Pero algunos eran afortunados, poseían bienestar, y el destino los arrastró hacia otros afanes más generosos. Tondreau alcanzó otros honores, por sus versos como él decía, por su carácter, por su cultura. En los años de Darío fué el poeta un devoto de las cosas griegas y romanas, y un enamorado del color, del sonido, de lo plástico. Pero también dejó las musas, también abandonó para siempre la poesía. Y fué más tarde a servir un cargo de Rector en un Liceo de provincia. La poesía quedó abandonada, por lo menos en silencio hasta mejores tiempos.

Pero aun quedan algunas breves notas acerca del ambiente en Santiago, en los días en que Darío preparaba las alas para el gran vuelo lírico.